

LAS AVENTURAS DE BARBAVERDE

César Aira

EL GRAN SALMÓN

I

La recepción del viejo hotel Savoy de Rosario, una mañana ajetreada de un día de semana (época cercana al presente). Un joven se había acercado al mostrador y esperaba el momento de poder intercalar una pregunta, con una mezcla de impaciencia e incertidumbre. El empleado del hotel, un hombre mayor, hablaba con una pareja de pasajeros con las valijas, que tanto podían estar llegando como marchándose. Una mujer más joven, que debía de ser la telefonista, charlaba en un rincón con un hombre de traje azul. El joven se preguntaba si debía interrumpir. Lo habría hecho en otras circunstancias, pero esta vez temía que pudiera llegar a necesitar de la buena voluntad del personal del hotel, y no quería ponérselo en contra. Le molestaba que a sus espaldas hubiera más gente, otros pasajeros probablemente, charlando y quizá esperando turno también. La situación se complicó cuando entraron dos hombres de portafolios, se abrieron paso hasta el mostrador y se dirigieron a la mujer en confianza, como conocidos, y se pusieron a hablar con ella. Empezó a desesperar de poder hacer su pregunta, que por lo demás no tenía nada especial: sólo quería saber si estaba alojado allí el famoso Barbaverde, al que le habían mandado entrevistar. Claro que si la respuesta era afirmativa tendría que pedir que lo anunciaran, y darse a conocer y explicar su cometido. No era tan simple, y en realidad no sabía cómo se hacía. Estaba improvisando, o mejor dicho esperando para empezar a improvisar.

Aldo Sabor era en realidad muy joven, aunque no tanto como parecía. Delgado, torpe y nervioso, tímido, con un rostro

inexpresivo y como ausente (tenía más que una gota de sangre oriental), se lo habría tomado por un niño, o un adolescente en proceso de crecimiento. Había pensado que este aspecto podía serle útil en su nuevo empleo, si sabía sacarle el debido provecho; pero sabiendo lo lento que era sospechaba que el tiempo que le llevaría aprenderlo sería el mismo tiempo que lo transformaría en un adulto que pareciera adulto. Aunque nunca se podían calcular de antemano los trabajos del tiempo.

Por lo pronto, la experiencia le había enseñado a no sentirse un adolescente. Pues desde que se graduara años atrás en la Facultad de Humanidades había estado dando clases en colegios, y el contacto cotidiano y fastidioso con chicos que eran de verdad lo que él sólo parecía le había mostrado con creces cuánta diferencia había entre ellos y él. De hecho, la percepción cada día más insoportable de esas diferencias era lo que a la larga lo había llevado esa mañana al hotel Savoy.

Cansado de impartir las clases de lengua y literatura a alumnos cuyo hastío comprendía y se le contagiaba, Sabor había estado atento a cualquier posibilidad laboral que se presentara. Cuando al fin se presentó no dudó en saltar sobre ella. Sobre todo porque no era una oportunidad cualquiera sino una que lo llenaba de expectativas: se abrió una vacante en el plantel de reporteros del periódico local, y la recomendación de un amigo hizo el resto. No era un puesto muy codiciado, salvo por él. Sintió que de pronto, mágicamente, pasaba al mundo de la realidad, y abandonó las aulas como quien sale de un mal sueño.

Claro que en su estadio de iniciación periodística no podía pretender asignaciones muy emocionantes. Pero no hacía distinciones por ese lado. Salir a buscar una información, y después ponerla por escrito, se le aparecía como una tarea rica en sí misma, una mezcla de la artesanía de la observación y la magia del azar. La primera mañana, cuando desayunaba, su madre le advirtió que lo más probable era que lo mandaran a tomar nota del reclamo de cloacas en algún barrio, o a cubrir la inauguración de una sala en un hospital. Podría haber sido así, y seguramente sería así mañana

o pasado, y lo habría hecho con la misma curiosidad y buena disposición del novato ingenuo. Pero su primera misión, por una insólita fortuna, lo llevó a la aventura, a la felicidad, y al amor.

Se había producido un hueco frente al mostrador de la recepción, pero no supo aprovecharlo porque en ese momento se dio cuenta de que no había preparado la pregunta. No es que hubiera mucho que preparar, pues sólo debía averiguar si estaba Barbaverde y si aceptaba verlo para responder un par de interrogantes sobre su presencia en Rosario... Aun así, se le ocurrió que había una diferencia entre decir directamente «¿Está el señor B.?» y empezar con «Soy del diario El Orden y vengo a...». La momentánea vacilación bastó para que se colara delante de él una mujer que con un cantarín «Buenos días» captó toda la atención del empleado.

La molestia de sentirse burlado lo hizo volver a la realidad, y su atención fue recompensada con la sorpresa de que la mujer, a la que seguía viendo de espaldas, hacía la pregunta que debía haber hecho él:

–¿El señor Barbaverde, por favor?

El empleado la miró en blanco un largo momento:

–¿Quién?

Su propia pregunta anunciaba algo así como «No, aquí no hay nadie con un nombre tan absurdo. Esto es un hotel, no un circo». Sabor se alegró de no haber sido él quien rompiera el hielo. La mujer miró a su alrededor, con un involuntario gesto de irritación y vergüenza (en efecto, todos la estaban mirando) y entonces Sabor pudo verle el perfil y ver que era una chica joven, muy linda. Con una sonrisa de perdonavidas, el empleado había condescendido mientras tanto a mirar el registro, una planilla manuscrita, y anunció:

–Trescientos once. Barbaverde.

Otra vez su pronunciación era irónica. Resultaba extraño que si el nombre le parecía tan ridículo no lo hubiera registrado antes y no supiera que lo tenía alojado en el hotel. Quizá el famoso aventurero había llegado por la noche, lo había atendido otro

empleado, y la joven era la primera que venía a preguntar por él.

–¿Puedo hablar con él, por favor? –Señalando con el mentón, ofendida, el teléfono.

–¿De parte de quién?

–Karina del Mar.

El hombre marcó el número de la habitación. Sabor seguía sus movimientos con la misma atención con que había seguido el intercambio anterior, y se preguntó si no sería el momento de intervenir diciendo que él también lo buscaba. No tuvo tiempo de hacerlo porque el teléfono ya volvía a la horquilla:

–No contesta.

–Habrá salido...

Una mirada al gran casillero de la pared del fondo, mirada que siguieron todos los presentes:

–No. La llave no está.

Una impasse. Antes de que alguien preguntara por el horario del desayuno, o pidiera un taxi, y el movimiento de la recepción se reanudara como antes, la empleada al costado dijo «Está», como si hubiera sabido todo el tiempo que Barbaverde estaba en su habitación. Pero no hubo más explicaciones.

La joven se retiró del mostrador, con el gesto y los pasos inciertos del que no sabe cómo siguen las cosas, y Sabor tras ella.

–Señorita... –Ella se dio vuelta y lo miró, con una sonrisa prometedora. Una sonrisa de sumo encanto, que Sabor admiró debidamente, junto con el resto de la persona, que por primera vez veía de frente. Venciendo la distracción, siguió–: Yo también había venido a buscarlo. Estaba esperando a preguntar por él... Usted se me adelantó.

La sonrisa se desvaneció a medias. Seguramente al oírlo llamarla había esperado alguna rectificación al desencuentro; quizá había esperado encontrarse cara a cara con el mismo Barbaverde. Como sea, no dijo nada, y Sabor se apresuró a aclarar:

–Me mandaron del diario a hacerle una entrevista. No sé si esperarlo...

Ella puso cara de «no esperes que yo resuelva tus dudas», pero fue evidente que la mención del «diario» le había interesado (el periodismo era la llave que abría todas las puertas, pensó Sabor) porque después de una breve reflexión propuso:

–Podemos probar dentro de un rato.

–Yo no tengo nada que hacer, y al fin de cuentas si no lo veo da igual. No sería la primera vez que se inventa una entrevista.

Ella respondió con una risita de compromiso, mientras su mirada recorría el reducido lobby del Savoy, que en realidad era

poco más que un rincón, con dos desvencijados sillones de cuero (ocupados), y la escalera que desembocaba a centímetros de la puerta de calle. Todo estaba apretado, como si el tiempo hubiera comprimido majestuosas instalaciones antaño desplegadas en un espacio más razonable. Un arco sostenido por dos columnas separaba el lobby del bar, que ocupaba toda la esquina del edificio. No había mucho que pensar, y Sabor propuso tomar un café.

Instantes después estaban sentados frente a frente, mesa de por medio, conversando. Él había tenido la cortesía de cederle la silla que daba de frente a la recepción, con el

resultado de que ella estuvo todo el tiempo mirando por encima de los hombros de él, atenta a que no se le escapara su presa. De modo que lo miró poco, pero Sabor pudo consolarse de esa desatención con la oportunidad que le daba de admirarla a sus anchas. Había bastante que admirar: los rasgos eran de una regularidad perfecta, el cabello castaño, que usaba corto, sedoso y brillante, las orejitas dos hojuelas de nácar rosa, y los ojos, que no enfocaban los suyos sino por fugaces instantes, dos botones de un verde dorado que tenía algo del mundo submarino y algo del amanecer de las galaxias. En cuanto al gesto, también tenía su ambigüedad: combinaba desorientación y decisión en partes desiguales y fragmentarias: hasta cierto punto era la chica que flotaba al azar en la vida sin saber lo que quería, y a partir de ese punto era la mujer segura de sus intenciones. Sabor creyó poder explicarse la duplicidad cuando la oyó decir que era artista plástica y que hacía «instalaciones» que se habían expuesto más de una vez en museos del país y de Europa.

Este dato era el prólogo necesario a la explicación de su presencia allí. Karina, que era unos años mayor que Sabor pero coincidía con él en la categoría de «joven», tenía a sus espaldas una esforzada carrera artística. En la época en que se había manifestado su vocación ya no tenía ningún mérito especial ser vanguardista, y ella lo había sido con la mayor naturalidad. A Sabor, que lo ignoraba todo del desarrollo reciente de las artes, la mención casual que hacía Karina de sus actividades le abría un mundo insospechado hasta entonces. No sabía, sinceramente, que hubiera gente que hiciera esas cosas. Y lo que supo entonces fue muy poco, casi nada, porque ella se limitó a mencionar unos pocos antecedentes de su último proyecto, que tenía que ver con «superhéroes», reales o ficticios, grandiosos o risibles, buenos y malos. Con todos ellos se proponía crear una gran instalación interactiva, en formato de feria de atracciones y juegos. De ahí que, dijo, al enterarse de la presencia en la ciudad de Barbaverde hubiera tenido la idea de filmarlo o fotografiarlo o grabar su voz... No sabía bien qué podía hacer con él: dependía de la medida en que él estuviera dispuesto a colaborar.

–Pero Barbaverde no es un «superhéroe» –dijo Sabor.

En realidad nadie lo era en sentido literal, respondió ella; el concepto de «superhéroe» era de por sí un prisma bivalvo de ficción y realidad, metáfora del deseo de potencia realizándose en el sueño, el sueño de la aventura despertando en la metáfora. Por eso mismo le daba importancia a la figura ambigua (ella dijo «border») de Barbaverde, que tenía algo de parodia asumida, nietzscheano tercermundista, etcétera, etcétera.

De este fárrago de teorizaciones mal asimiladas, cualquier otro habría concluido que la bella Karina tenía una fenomenal confusión en la cabeza; Sabor quedó deslumbrado, aunque ya estaba deslumbrado de antemano, y le habría sido difícil explicar qué lo deslumbraba exactamente. Además, se le ocurrió que aun si no podía ver a Barbaverde, con Karina ya tenía una nota. Después de todo (lo descubría en ese instante) el periodismo tenía una flexibilidad temática que le permitía realizarse en cualquier nivel, en el de las causas y el de los efectos por igual. Se lo dijo y ella estuvo de acuerdo, tan de acuerdo como si lo hubiera dado por sentado desde el comienzo.

Cuando Karina sugirió que probaran de nuevo (había llegado a la conclusión, y se asombraba de no haberlo pensado antes, de que Barbaverde debía de haber estado en la

ducha cuando lo llamaron antes), Sabor no hizo nada por prolongar el tête-à-tête, como habría hecho en otra ocasión, porque ya se sentía asociado a la bella artista, y estaba seguro de que seguirían operando juntos al menos por el resto de la mañana. Pagó, y cuando lo hacía le preguntó al mozo si no lo había visto desayunando a Barba-verde. Debió de formular mal la pregunta, porque el mozo se retiró sin siquiera responderle. Volvieron al lobby, donde la actividad se había multiplicado. Llegaban o se iban pasajeros, y el equipaje cubría el suelo, haciendo difícil desplazarse. Antes de que hubieran encontrado el camino para acercarse al mostrador, se les acercó la empleada de la recepción:

–¿Ustedes buscaban a Barbaverde?

–Sí –respondieron a dúo–. ¿Está? ¿Bajó? –Y, adelantándose a la respuesta barrieron con la mirada el reducido espacio atestado del lobby.

–Les recomiendo que no pierdan el tiempo –dijo la mujer–. Está encerrado en su habitación y no contesta el teléfono. Ni siquiera lo oye, porque está escuchando música a todo volumen con auriculares.

–¿En serio? ¿Todo el tiempo? ¿Y para eso vino a Rosario?

–¡Está loco! –dijo la mujer encogiéndose de hombros y pasando por encima de unos bolsos se puso a hablar con un grupo de turistas.

Karina y Sabor retrocedieron hacia la escalera.

–¿Será cierto?

–¿Y ella cómo lo sabe?

–Seguramente por las mucamas, que se enteran de todo lo que pasa en el hotel.

–Eso me da una idea –dijo Sabor mirando hacia arriba con los ojos entrecerrados–. Podríamos pedirle a una mucama que nos abra la puerta, y le hacemos señas.

Era un plan bastante absurdo. En realidad él no tenía ningún interés especial en encontrarse con Barbaverde, y sospechaba que para Karina tampoco era cuestión de vida o muerte. Pero le gustaba el papel que había asumido, del reportero encarnizado que agota todos los recursos para obtener la noticia. Por supuesto, se había abstenido de decirle a su reciente amiga que era su primer día en el diario, y la primera misión que le encomendaban. Todo su conocimiento del trabajo periodístico derivaba del cine y las historietas, y actuaba en consecuencia. Si estos hechos hubieran sucedido apenas una semana después, la experiencia acumulada en siete días habría bastado para hacerlo proceder con más realismo. En su ignorancia de «primera vez», se portó como un personaje novelesco, y los hechos respondieron haciéndose tan aventureros y fantásticos como nunca habría osado esperarlo.

Una mirada al mostrador, para comprobar que nadie se fijaba en ellos, y subieron. La escalera era de mármol blanco, los bordes de los peldaños redondeados por el desgaste del tiempo: dos tramos largos por piso, pues los techos del hotel eran altísimos. En el primer recodo, cuando quedaron fuera de la vista del lobby, Sabor se relajó y empezó a gozar de la travesura. Karina iba adelante, sus piernas largas enfundadas en pantalones ajustados moviéndose rápido. Era liviana como una niña; Sabor no le sacaba los ojos de encima, lo que hizo que tropezara un par de veces, aunque sin perder el equilibrio. El primer piso, el segundo...

–Ya estamos.

En el pasillo reinaba una oscuridad casi total. Se internaron por él leyendo los números de las puertas, hasta ver el 311. En todo el ascenso no se habían cruzado con nadie, y en el tercer piso, además de la soledad, el silencio era absoluto. Hablaban en susurros, y se oían respirar. Más que subir, les parecía haber bajado a un profundo subterráneo, en el que la vida se hubiera extinguido muchos siglos atrás. Se quedaron indecisos frente a la puerta. Karina apoyó la oreja contra la madera, escuchando. Los ojos le brillaban en la penumbra.

–No se oye nada.

–Si hubiera una mucama... ¿Habría mucamas en este hotel?

–¿Llamamos?

Sabor tragó saliva. Asintió con la cabeza. Como un caballero, golpeó él: toc toc toc. La madera de la puerta era sólida y no retumbaba. Se dio ánimos y volvió a golpear con más fuerza.

–Si no oye el ruido, debería sentir la vibración. –Volvió a golpear. Nada.

Karina miró a su alrededor, levantando el mentón. En el extremo del pasillo había un florero de pie, con unas ramas secas adornadas con pompones también secos de inflorescencias amarillas.

–¿No sentís un olor raro?

Sabor olfateó ruidosamente.

–Sí. Es un olor a...

–...

Envalentonado, Sabor volvió a la escalera y miró hacia arriba y abajo. Volvió diciendo que no veía a nadie. Karina había sacado un bloc de la mochila que llevaba a la espalda:

–Voy a dejarle una nota.

–Yo también.

Sacó su anotador, la Bic, y empezó: «Señor Barbaverde...». Hasta ahí nomás llegó su primer impulso; entrecerró los ojos pensando cómo formular la frase introductoria. Lo distrajo el susurro del lápiz de Karina sobre el papel. Lanzó una mirada disimulada y vio con sorpresa que ella estaba dibujando. No podía ver qué, pero supuso que adornaba su nota de presentación con una viñeta, como para impresionarlo favorablemente y hacerle saber que era una artista. Él no disponía de tales recursos; debía hacerlo todo con la palabra. Y le convenía hacerlo rápido. Como la vio terminar y arrancar la hoja del bloc, se apresuró a escribir, y le salió algo bastante confuso y desprolijo.

Pasaron los dos papeles por debajo de la puerta, volvieron a escuchar un momento, y se retiraron. Cuando llegaban a la escalera, hubo un momentáneo parpadeo de la luz, casi imperceptible, pero bastó para sobresaltarlos, tan tensos estaban. Se volvieron, y no había nada. Aunque a Sabor le pareció ver por un instante, frente a la puerta de la 311, un objeto flotando en el aire, algo vagamente parecido a una pipa. Encima de la cazoleta, una nubecilla rosada, transparente, y en su centro un gusanito verde. No le dijo nada a Karina, que ya estaba bajando. Pensó que debía de ser uno de esos fosfenos que producen en conjunto la mente y el ojo, en esta ocasión favorecido por la atmósfera encerrada, el olor, la penumbra, el estado de nerviosidad en que se encontraba. Más

tarde se le ocurrió que quizá no había sido un invento de su fantasía sino algo objetivo, para lo cual había una explicación: una corriente de aire podía haber hecho volar desde abajo de la puerta el papel de Karina, y lo que él había visto era su dibujo.

II

Esa tarde, Sabor entraba a una peluquería de hombres, a cortarse el pelo. No porque lo tuviera largo, ni porque le gustara perder el tiempo escuchando el ruido de la tijera alrededor de la cabeza, sino porque fue lo único que se le ocurrió hacer, de cara a la cita que había hecho con Karina, para verse más apuesto y prolijo.

En algún momento había pensado que debería haberlo hecho el día anterior, para empezar renovado su nueva vida profesional. En realidad, esa vida todavía no había empezado, después de la tentativa fallida de la mañana. Pero la sensación que lo dominaba era que sí había empezado, y vertiginosamente. La bella pintora no era ajena a esta sensación. La peluquería era un rito mágico con el cual modificar la mirada de esos ojos verdes que se habían metido en su vida.

No parecía a priori un lugar muy mágico. Era una de esas viejas peluquerías de caballeros, sin decoración, con aire de hospital: piso de baldosas blancas y negras, azulejos blancos en las paredes, dos sillones a fuelle con enlozados blancos, sillas de respaldo redondo, una mesita de tres patas con revistas ajadas. Los espejos que cubrían la pared frente a los sillones parecían tener una profundidad desmesurada, quizá efecto de la luz. Aunque era pleno día, estaban encendidos los tubos fluorescentes del techo... ¿O no? Podía ser una ilusión óptica. La tarde invernal promediaba, y un rayo del sol declinante daba al sesgo con intenso brillo, en las vidrieras desnudas. Todo el blanco del interior concentraba esa luz. Distráido en sus pensamientos, Sabor no prestó mucha atención, ni habría podido hacerlo porque uno de los dos sillones estaba vacío y no bien entró el peluquero correspondiente lo invitó a sentarse. Antes se sacó el montgomery y lo colgó. El perchero era de pie, de madera, de esos percheros-paragueros, pero modificado: la parte inferior, que había servido para depositar los paraguas, había sido transformada en tiesto, y contenía un haz de ramas secas cargadas de inflorescencias amarillas también secas. Sabor colgó el abrigo del cuerno más alto del perchero, pero aun así no pudo evitar que el ruedo rozara esa especie de ikebana polvorienta. Habría hecho algún reacomodamiento, pero el peluquero ya lo esperaba con la tela blanca extendida, casi impaciente, y él fue a sentarse.

Siempre, desde chico, le había resultado difícil explicarle al peluquero cómo quería el corte. Muchas veces había pensado que lo ideal sería poder señalar una fotografía, o a alguien real que estuviera presente, y decir «lo quiero así». Pero nunca había tenido la suerte de poder hacerlo; nunca había fotos ni gente disponibles. Y con palabras, por mucho que se había esforzado, no lograba transmitir exactamente lo que quería, al menos a los peluqueros, que aun con la mejor voluntad hacían algo que nunca coincidía con lo que él traía como intención. Una vez hecho el trabajo, no se atrevía a protestar, aunque en ocasiones le habían hecho algo tan opuesto a lo que había pedido, y tan seguro estaba de haberlo pedido con claridad, que le daban ganas de rebelarse y decir «No, no era así, empiece de nuevo». Se culpaba a sí mismo, por no emplear los términos técnicos adecuados, y planificaba la fórmula de antemano, puliéndola,

corrigiéndola. Esa tarde no había preparado nada, por la distracción en que se hallaba, así que tuvo que improvisar. Le salieron unos balbuceos totalmente confusos, y además interrumpidos porque en ese momento el cliente del otro sillón se levantaba y pagaba y hablaba con su peluquero con un vozarrón que tapaba la vocecita trémula de Sabor. Le dio la impresión de que su peluquero atendía más a lo que decía el vecino que a sus indicaciones, mientras le ajustaba la gran tela blanca al cuello; como tenían por costumbre, se la ajustaba en exceso, como si se propusiera estrangularlo. El otro peluquero acompañó a su cliente a la puerta, siempre hablando, y siguieron haciéndolo en el umbral, y sólo entonces el que lo atendía a él volvió a concentrarse y le pidió que repitiera cómo quería el corte.

–¿Dejamos más bien largo, entonces?

–¡No! ¡Corto, bien corto, pelado!

–¿Todo?

–No, arriba un poco más largo, pero corto...

–¿Rebajado?

–No...

Pero ya el lapso de concentración había pasado, porque el otro peluquero volvía de la puerta y se ponían a charlar animadamente. Sabor cerró la boca y se hundió en sí mismo diciéndose «Que sea lo que Dios quiera».

El corte le pareció el más rápido de su vida. De pronto ya le estaban pasando el cepillo blando para sacarle los pelitos de la cara, y le quitaban la tela y se ponía de pie y estaba pagando. «Así debería ser siempre», pensó un poco aturdido. El peluquero le sostenía el montgomery; metió los brazos en las mangas y ya estaba

en la calle. Notó una leve disminución de la luz; las tardes de invierno eran cortas.

Pero se preguntaba cómo había podido pasar todo tan rápido en la peluquería. Lo normal era que esas sesiones de corte se le hicieran eternas. Evidentemente había estado distraído. Sí, recordaba haberlo estado. Pero ¿por qué? Había estado buscando una palabra, o más bien el recuerdo correspondiente a una palabra. ¿Cuál? Tenía una niebla en la cabeza... Al pensarlo se le ocurrió la solución al enigma, o parte de la solución: se había quedado dormido, quizá dormido con los ojos abiertos. Era bastante obvio, o lo habría sido si alguna vez en su vida él se hubiera dormido en una peluquería o un cine o un tren o cualquier sitio que no fuera su cama. Pero no existía ese antecedente. Y sin embargo...

Todo le empezó a volver de golpe. Y lo primero (aunque fue una sucesión rápida y encadenada) fue lo más extraño y más irreductible al recuerdo: un olor, un olor insidioso que había empezado a percibir no bien se sentó, y recordó que en ese momento, cuando todavía estaba tratando de explicarle al peluquero cómo quería el corte, un sector marginal de su conciencia se había dicho «Ese olor me adormece, porque es el olor del sueño». Y había sabido, sin decírselo, que era el mismo olor que había sentido por la mañana en el tercer piso del Savoy. Ahora, en la calle, recapitulando, ataba cabos y encontraba que había una coincidencia significativa: a la mañana el olor le había producido la fugaz alucinación de una pipa flotando en el aire... En su segunda aparición lo había dormido, efecto más contundente que podía deberse a

la forzada inmovilidad del sillón del peluquero.

Era rarísimo, pero no se detuvo a ponderar las probabilidades en juego, porque ya estaba haciendo presión otro recuerdo: el de la palabra por la que se había estado exprimiendo el cerebro en el momento de su hipotético adormecimiento. Esa palabra era «Frasca», y así como entonces lo había desorientado ahora tenía perfectamente claro su significado. Más aun, entendía (todos estos razonamientos se precipitaban unos sobre otros en fracciones de segundos) por qué no le había encontrado sentido allá en el sillón: porque tenía frente a sus ojos, sobre la repisa en que se apoyaba el espejo, una fila de «frascos» que debían de haber

hecho obstrucción al recuerdo. Ahora se le aparecía con toda claridad. Frasca era el nombre del supervillano que figuraba en todas las aventuras de Barbaverde como su archienemigo, siempre derrotado y siempre insistente...

A partir de ese punto, la reconstrucción pasó a otro nivel, y se aceleró. Si realmente había estado dormido, el aire de la calle le estaba despejando el sopor, y empezaba a revivir, todos juntos, los acontecimientos.

¿Por qué le había vuelto en la peluquería la palabra «Frasca»? No podía ser casualidad. Alguien la había pronunciado. Creyó oírla otra vez, en la voz resonante del otro cliente, el que se había ido cuando empezaban con él, al que no había mirado una sola vez. Casi creía poder oír frases de la conversación... pero no, no podía. Lo atacó una súbita certeza: ese cliente al que no había prestado atención... ¡había sido Barbaverde! No supo por qué se le ocurría tal cosa, pero el solo hecho de que se le ocurriera era significativo. Y si era de veras él, si había estado hablando a los gritos de sus aventuras (no había sido una charla banal sobre el clima, para que mencionara a su archienemigo) ¿cómo era posible que él, a medio metro de distancia, no lo registrara? Quizá por el efecto hipnótico del olor, ese olor repetido que era una prueba más de que había sido el mismísimo Barbaverde su vecino de sillón.

Se concentró enérgicamente. ¿Era cierto que no lo había visto? Que no lo hubiera mirado no era decisivo en ese sentido, porque los dos habían tenido enfrente un enorme espejo. Por un instante creyó poder recuperar una imagen, pero la apartó pues se dio cuenta de que la estaba trayendo de otros sitios de su memoria, no del pasado inmediato. Volvió al audio.

No, no le volvían palabras ni frases. Pero de la conversación entre los dos peluqueros, una vez que el supuesto Barbaverde se había marchado, le volvía... el tema. Estaba casi seguro que habían hecho comentarios sobre el que se acababa de ir, como era lógico después de la visita de una celebridad a esa modesta peluquería rosariana. ¡Y él en Babia! Era increíble que el azar le sirviera en bandeja de plata una oportunidad semejante, y la dejara pasar.

No se resignaba a no poder reconstruir algo que había pasado apenas unos minutos atrás. La distracción era un abismo, y como todos los abismos, tenía un invencible poder de atracción. Quizá era hilar demasiado fino, pero lo que lo había distraído era la preocupación por su corte de pelo, y lo distraía de la presencia de un superhéroe cuya mecánica mítica (¡y hasta su nombre!) provenía de la pilosidad.

De las imágenes confusas con las que combatía surgió, con una punta de esperanza, un

movimiento que se había producido a su espalda. ¿Barbaverde yendo a descolgar su abrigo del perchero? Sería lo esperable. Trató de ver el perchero cuando él había colgado su propio abrigo. ¿Había otro colgado? No, definitivamente no recordaba, y si seguía tratando de recordarlo lo iba a inventar.

En ese momento se le ocurrió algo tan obvio que fue un motivo más para recriminarse. Debía volver a la peluquería y preguntar, así de simple. Se detuvo, dio media vuelta, y fue como si se despertara. No tenía idea de dónde lo habían llevado sus pies trabajando en automático, pero, preventivamente, echó a andar en dirección contraria a la que traía. Lo hizo mirando a su alrededor, para ubicarse, y le parecía estar en una ciudad extranjera. Pero era la vieja Rosario, y ya en la esquina la reconoció. Apresuró el paso, pero volvió a frenar cuando se dio cuenta de que no estaba tan seguro de la calle donde se hallaba la peluquería. Por lo visto, se había alejado más de lo que creía, en la profunda abstracción de sus perplejidades. Se equivocó dos veces de calle, terminó casi corriendo, tanta era su conciencia de estar perdiendo un tiempo precioso, y al fin pasó frente a la peluquería sin verla. Cuando volvió atrás y la localizó al fin, no le extrañó no haberla visto porque estaba cerrada, las persianas bajas, sin cartel ni señal alguna. Tanto, que dudó que fuera ahí. Se quedó con la boca abierta. Era demasiado temprano para que cerrara una peluquería. Pero en el fondo no lo sorprendía tanto. El ejercicio de reconstrucción al que se había venido librando había fortalecido su capacidad de recuperar lo perdido, y ahora recuperaba una sensación de apuro en los peluqueros, en la velocidad con la que le habían cobrado y lo habían despedido, en su diligencia por traerle el montgomery del perchero... Y entonces se explicaba también el breve lapso que había insumido el corte.

Pero no explicaba el motivo del apuro por cerrar la peluquería en la mitad de la tarde, cuando más trabajo había. ¿No tendría que ver con la visita de Barbaverde? La excitación con que se habían quedado comentando esa visita apuntaba en esa dirección. Miró el reloj. Era temprano, en eso al menos no se había equivocado. Tenía un rato todavía antes de la hora en que lo esperaba Karina en su taller. Cruzó la calle y volvió a mirar la peluquería cerrada. Ni siquiera podía prometerse volver al día siguiente, porque el día siguiente era domingo y seguiría cerrada, lo mismo que el lunes, día de descanso de peluqueros... Si bien no era cliente habitual, había ido a cortarse allí un par de veces, y hasta tenía el recuerdo de haber ido muchos años atrás, de colegial. Y al pensarlo le volvía el dato de que los dos peluqueros eran hermanos, y muy parecidos, tanto que la gente los confundía. Ni siquiera a eso había prestado atención esta vez. Sacudió la cabeza con desaliento: su primer día como reportero, y estaba en el reino de la distracción absoluta.

Lo cual lo llevó una vez más a la escena perdida. Mientras emprendía la marcha, en dirección al río, volvió a sentir la tentación de reconstruir los sucesos borrados de la peluquería, desde el comienzo, con más empeño, con más sistema... Pero desistió. No sólo era inútil, sino perjudicial. ¡Basta de conjeturas! Porque si seguía con eso, otra vez se iba a hundir en sí mismo y a aislarse del exterior. Era un círculo vicioso. Debía concentrarse en el presente, y sólo en el presente.

Obediente a esta consigna, se obligó a mirar las fachadas, a leer los carteles, a mirar las

caras de la gente con la que se cruzaba, los autos, los perros. Todo lo veía transfigurado por la atención, y se dio cuenta de que había empezado a vivir otra vida, una vida de aventura y descubrimientos; sólo dependía de él. Insensiblemente se dejó llevar a una ensoñación, sin palabras ni formas definidas, una pura impresión, pero lo bastante fuerte como para no dudar de su realidad. Y eso era lo que definía su estado en última instancia: un sueño que sin dejar de ser un sueño, también era realidad. ¿A qué podía deberse esta conjunción? ¿A la presencia de Barbaverde en la ciudad? ¿A Karina? La aventura y el amor siempre habían sido sueños para él, y se dio cuenta de que aun cuando se hicieran realidad seguirían siendo sueños.

Antes de que pudiera responderse, la calle por la que bajaba se había terminado, y estaba frente al río, que se desplazaba lento y silencioso hacia el mar. Los árboles gigantescos de la costa estaban inmóviles, las islas a lo lejos se apoyaban en un horizonte trémulo. Cruzó la explanada desierta y se asomó al agua. Un resto de entontecimiento lo confundía. No habría podido decir si estaba triste o contento. Debería estar triste, y lo estaba, por el fracaso que venía de experimentar. Pero también estaba feliz por la perspectiva de ver a la bella pintora dentro de unos minutos.

El paisaje reflejaba, en sus propios términos, esa duplicidad. El día y la noche se tocaban. Se esbozaba un crepúsculo rosa, hecho de transparencias y de instantes extensos. El ruido de la ciudad moría a sus espaldas, y adelante crecía el silencio. En el cielo limpio flotaba una difusa niebla rosada inmaterial, que se hacía blanca fosforescente al acercarse al borde de una mancha elíptica color borraívino, opaca, que ocupaba la mitad izquierda del espacio.

III

A diferencia de él, Karina había pasado la tarde encerrada, trabajando. Le dijo que el incidente de la mañana la había inspirado, lo que tenía algo de intrigante porque a la mañana, en resumidas cuentas, no había pasado nada. Salvo que ellos dos se habían conocido, y habría sido muy halagador para el joven reportero pensar, si se hubiera atrevido a pensarlo, que él era el motivo de inspiración.

—Así cualquiera —dijo con un suspiro, mirando a su alrededor. Ella lo miraba enarcando las cejas. Se apresuró a explicarse—: Yo también me inspiraría si tuviera un lugar de trabajo como éste.

—Está todo desordenado. Nunca me hago tiempo para limpiar.

Sabor negó con la cabeza descartando esos escrúpulos femeninos. El lugar era envidiable, al menos para él que nunca había tenido un cuarto propio (dormía en un sofá-cama, en el living del pequeño departamento que compartía con su madre). Era amplio y a la vez privado, casi secreto, metido en el fondo del piso alto de lo que habría sido una gran casa señorial subdividida.

© 2008, César Aira

© 2008, de la edición en castellano para todo el mundo:

Random House Mondadori, S. A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona